

ENTRETENIMIENTOS

cristianos

LÍCITOS



Lachlan Cumming Vass
(1831-1896)

Entretenimientos cristianos lícitos

Contenido

1. Introducción	3
2. La vida cristiana	5
3. Pruebas para los entretenimientos lícitos	12
4. Conclusión	21

Tomado de Parte 2 de *Amusements and the Christian Life in the Primitive Church and in Our Day* por Lachlan Cumming Vass (Philadelphia: The Presbyterian Board of Publication, 1884).

Lachlan Cumming Vass (1831-1896) se desempeñó como pastor de la Iglesia Presbiteriana de Tabb Street en Petersburg, VA, de 1865 a 1866.

Copyright © 2025 Chapel Library.

Traducido y editado por Jorge E. Castañeda.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En todo el mundo, descargue nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno, desde nuestro sitio web en Internet o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Entretencimientos cristianos lícitos

1. Introducción

a. Preguntas

«¿Cuáles son los entretenimientos lícitos para un cristiano?». Es esta una pregunta eminentemente práctica y actual. Resolverla con claridad es un verdadero desafío. No todo lo dulce es saludable; muchas cosas que deleitan hartan¹, enferman y hasta matan. Los encantos del placer suelen fascinar a la persona, hasta que de repente una oscuridad trágica envuelve su cuerpo y su alma en desdicha. ¿Quién no ha oído canciones alegres tornarse en suspiros dolorosos? El mismo Salvador afirma que, entre aquello que destruye la semilla preciosa, se hallan «los deleites de la vida» (Lc. 8:14): espinas que ahogan todo lo bueno, impidiendo que el fruto llegue a madurar. ¿Qué son, entonces, estos deleites? Son una vasta variedad de ocupaciones atractivas y populares — ya sea en la literatura, la ciencia, la búsqueda de riquezas o en placeres físicos y sensuales. Son placeres que no han sido santificados por la aprobación divina, ni promueven la prosperidad espiritual; por el contrario, tienden a sofocar todo crecimiento santo. Asfixian toda buena influencia que comenzaba a brotar en el alma, impidiendo que el fruto se forme. Por eso, las epístolas apostólicas

¹ **Hartan**— alimentar en exceso y provocar enfermedad.

abundan en advertencias a los creyentes para que no sean «amadores de los deleites más que de Dios», para que no se conformen a este mundo, y para que se aparten de «toda apariencia de mal» (2 Ti. 3:4; Ro. 12:2; 1 Tes. 5:22).

¿Implica esto que la vida cristiana debe limitarse a ejercicios estrictamente religiosos? ¿Acaso no existen placeres legítimos, en el sentido común del término, para el miembro de la iglesia? ¿Está siempre vedada su participación en los entretenimientos habituales de su tiempo, como si un relámpago de ira divina debiera interrumpir su camino al hacerlo? Para los hijos de Dios hay gozos abundantes e imperecederos, inagotables en variedad y riqueza: verdes pastos y jardines de delicias, donde en verdad «les cayeron las cuerdas en lugares deleitosos», y cuyas fronteras están hechas de piedras preciosas. Manantiales de gozo viviente brotan para ellos a lo largo de su peregrinación terrenal, y conocen los entretenimientos más nobles, los que verdaderamente restauran el alma con alegría perdurable (Sal. 16:6, 11; 36:8; 23:2, 6; Is. 54:12).

b. Una Distinción

Aun así, existe un contraste entre los placeres adecuados y saludables y aquellos que sofocan toda vida espiritual. O, para ser más específicos, hay una clara distinción entre entretenimientos que son lícitos y aquellos que son ilícitos para el cristiano. ¿Cómo puede un cristiano llegar satisfactoriamente a una decisión sabia entre las demandas opuestas que reclaman su devoción?

2. La vida cristiana

Antes de abordar el tema de los entretenimientos, es necesario responder esta pregunta relevante²: ¿Qué es la vida cristiana? Unos pocos trazos esenciales bastarán para bosquejar el cuadro.

a. Consagración

La vida cristiana consiste en una consagración real y sincera del ser entero a Dios, con nuevos motivos y una nueva visión de la existencia.

En algunos casos bendecidos, los hijos de Dios no pueden recordar un momento en que no hayan amado al Señor. Tan temprana fue la obra de la gracia soberana, que no pueden identificar con claridad el instante en que murió la mente carnal y de enemistad contra Dios y amaneció la nueva vida. Por esta razón, a veces les asaltan dudas sobre la autenticidad de su nuevo nacimiento. Que tales cristianos más bien bendigan a Dios por su dulce guía, sean agradecidos por los frutos de piedad que demuestran la verdadera vida en el alma, y permanezcan siempre en la fe en el Salvador (2 Ti. 2:1).

Otros cristianos, conscientes de haber llevado una vida pecaminosa, no pueden señalar la hora exacta de su nuevo nacimiento bajo el poder del Espíritu Santo, ni marcar un contraste brusco entre su antigua y su nueva visión del mundo. El nuevo nacimiento es una obra radical que transforma la naturaleza interior del ser humano; pero la cuestión vital no es tanto el momento como la realidad del hecho. El ciego que recobró la vista sabía que

² **Relevante** – prominente; notable.

antes no veía, pero ahora sí ve. Pablo sabía que había estado muerto, y que fue hecho viviente. Y, en la experiencia general de la vida cristiana, suele haber un reconocimiento profundo de nuevos pensamientos acerca del pecado, del corazón humano corrompido, de la pobreza de nuestra justicia, del valor y la gloria de la redención por medio de Jesucristo y de la preciosidad de un Salvador personal. El corazón renovado se llena de un nuevo amor, y una paz que sobrepasa todo entendimiento consuela al creyente, a menudo sorprendido y lleno de adoración (1 Jn. 4:19; 1 P. 2:7; Ro. 5:1; Fil. 4:7).

De estos nuevos pensamientos surgen nuevos motivos de vida y deber. Se reconoce y se confiesa que el fin supremo del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre. Todos los propósitos de vida se elevan y ennoblecen (1 Co. 10:31). El pecado es abatido y casi destruido, pues Dios nos ha amado de tal manera, y nosotros, comprados por tan alto precio, somos Su propiedad, Su grey escogida. La vida cristiana es eminentemente una vida receptiva. A través de la cruz, el corazón abierto recibe de Dios todos Sus tesoros: perdón, paz, santificación, fortaleza, amparo, fe, esperanza y gloria. Nada menos podemos hacer que consagrarnos gozosamente y por entero al adorable Redentor (1 Co. 6:20; Ro. 12:1).

b. Productividad

La vida cristiana también es una vida productiva.

Donde hay vida saludable, debe haber crecimiento y fruto. Ese crecimiento se manifestará en el carácter personal y en la utilidad. Su rasgo distintivo debe ser la santidad. Los creyentes deben «crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P. 3:18);

crecer a la semejanza de Cristo, hasta llegar a ser hombres y mujeres maduros, conforme a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef. 4:13). Su luz debe brillar, y sus buenas obras abundar, para glorificar al Padre que está en los cielos (Mt. 5:16). «En esto», dijo Jesús, «es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto» (Jn. 15:8).

c. Negación de sí mismo

La vida cristiana implica, además, abnegación.

Para que prospere, la vida cristiana debe ser cultivada, lo que requiere cuidado y trabajo arduo. El respeto por los que nos rodean, el esfuerzo por amar al prójimo como a uno mismo, el dominio de los deseos errantes, la resistencia frente a la tentación, el cumplimiento fiel de los deberes diarios y santos —todo ello demanda paciencia, compasión, amor, sacrificio del confort personal y renuncia al egoísmo natural. Estas cosas con frecuencia exigen un esfuerzo enorme y luchas internas intensas. No obstante, el cristiano debe tomar su cruz, seguir a Jesús y dejarlo todo por Él. Negando toda impiedad, debe «llevar las cargas los unos de los otros, y cumplir así la ley de Cristo» (Tit. 2:12; Gál. 6:2). Debe imitar a Aquel que dijo de sí mismo: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mt. 20:28).

d. Obediencia

La vida cristiana debe ser una vida de obediencia suprema a la ley de Dios, y por tanto, de fidelidad a Su iglesia.

Solo hay un código de ley que es supremo: la Santa Biblia. Es la Palabra inspirada y autoritativa de Dios.

Debe ser amada y cuidadosamente estudiada. ¿Cómo podría un verdadero hijo de Dios despreciar los tiernos mensajes de su Padre, o un súbdito leal rechazar los designios y mandamientos de su sabio, infalible, justo y legítimo Rey? La iglesia es el reino de Dios, fundado y amado por Él, y comisionado para reunir y edificar a Sus escogidos. Esta iglesia ha sido enviada a enseñar y aplicar los oráculos sagrados de Dios sobre sus miembros leales. Es una vida organizada que exige una regulación perfecta bajo una ley perfecta, tanto en la familia como en la iglesia y en toda esfera donde se manifieste.

e. Unidad

Finalmente, debe añadirse que la vida cristiana es una y continua.

No podemos ser una cosa en la tierra y otra distinta en el cielo. Tras la muerte viene el juicio, y el carácter forjado aquí será el indicador de la sentencia allá, emitida conforme a los registros expuestos en público bajo la mirada del Juez infalible y justo. Cuando el mar, la tierra, la muerte y el sepulcro entreguen a sus muertos, estos serán juzgados según sus palabras y obras, y serán justificados o condenados, finalmente y para siempre (Mt. 12:37; 25:46; Ap. 20:13). La vida santa que comenzó aquí será perfeccionada por Aquel que la inició, en una carrera continua de creciente gloria.

Pero este mundo presente es irreconciliablemente hostil a esa pureza cristiana y a esa unidad de vida, y despliega múltiples placeres tentadores que buscan sofocarla desde su nacimiento. Esta vida divina necesita estar llena y revestida de poder celestial. Debe tomar sus armas del arsenal de la cruz. Los humildes y sinceros

guerreros cristianos que luchan contra los poderes de las tinieblas y contra la maldad espiritual deben blandir y ejercer las múltiples fuerzas de la fe, la sabiduría, la oración y el amor. Así podrán avanzar en gracia y fortaleza; así podrán resistir y perseverar contra toda forma de mal, y, habiéndolo hecho todo, estar firmes, seguros y gozosos bajo el estandarte victorioso de Jesús.

f. Resumen

¿Cuáles son, entonces, los rasgos fundamentales de la vida cristiana?

Una consagración sincera y total del alma a Dios en Cristo, con nuevos pensamientos y nuevos motivos; una vida fructífera; una vida de abnegación; una vida de obediencia suprema a la ley de Dios y de lealtad a Su iglesia; y una vida unificada aquí y en la eternidad.

A la luz de esto, ¿cómo debe el cristiano disfrutar la nueva vida? ¿Cómo disfrutar de placeres lícitos y recreaciones sanas? ¿Cómo evitar aquellas que ahogan la vida espiritual y dejan al profesante raquítico, seco, inútil, muerto—amador del placer más que de Dios? ¿Qué principios deben marcar con claridad el camino correcto?

Un mundo sin Cristo, con costumbres también sin Cristo, se enfrenta a la iglesia de Dios, que ha recibido leyes de Cristo. La moda se opone a la gracia. Nos hallamos ante un conflicto y una decisión, especialmente en lo que concierne a nuestros pequeños y a los jóvenes, aún inmaduros y solteros. Indudablemente, si creemos que alguna costumbre o recreación es impropia o pecaminosa, debemos ofrecer razones claras y sólidas que puedan convencer

fácilmente a quien duda. La mera afirmación de que cierto entretenimiento es incorrecto no será suficiente.

1. Es cierto que Dios ha dado a los padres y tutores *autoridad* sobre quienes habitan bajo su techo. Abraham *mandó* a sus hijos y siervos, y fue bendecido por ello. Negarse a ejercer esta autoridad divina traerá males al hogar, como lo ilustra la historia de la casa de Elí (Gn. 18:19; 1 Sam. 3:13).

2. Pero una autoridad ejercida arbitrariamente, sin razones fundadas ni amor, es perjudicial. Por ejemplo, un padre cristiano dijo a su hijo: «No opino *ni pro ni con*³ del juego de cartas, pero en mi casa no se juega». El hijo se fugó al mar⁴. Su padre debió haber dado razones claras fundamentadas en la verdad contra dicha práctica; y luego, con tierno amor, haber permanecido firme como Gibraltar en esas razones. El despotismo engendra rebeldes, incluso contra lo bueno.

3. También recordemos que los principios flexibles no bastan. Nadie respeta a quien cambia de parecer con cada presión. No puede ser que lo inmoral o impúdico en casa sea aceptable en París, en Baltimore o en Nueva York. Bien se ha dicho que es una ofensa contra la moral que alguien disfrute de ciertos entretenimientos a puerta cerrada, cuando no se atrevería a practicarlos con las ventanas abiertas. No es correcto que los padres busquen placeres en lugares donde no permitirían ir a

³ **Ni pro ni con** – a favor o en contra; él no ofrecía argumentos razonables ni a favor ni en contra del juego de cartas.

⁴ Véanse los ensayos *The Christian and Puritan Theories of Amusements*, del Rev. Austin Phelps, D.D., de los cuales se han adoptado varias ideas.

sus hijos por temor a su corrupción, o que los envíen donde ellos, como cristianos, no se atreverían a ser vistos. «Los hombres francos del mundo llamarán a esta ética la ética de un hipócrita».

La conducta cristiana no necesita disfraz, sino que viene a la luz para que se manifieste que sus obras son hechas en Dios (Jn. 3:21). Mateo nos relata que nuestro Señor, lleno de gracia, condenó a los hipócritas como «sepulcros blanqueados»; sí, con santa indignación exclamó: «¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?» (Mt. 23:27, 33).

4. Sin embargo, es indudable que todos necesitamos, en ocasiones, alivio de las preocupaciones diarias. La vida no es un funeral continuo. La juventud desea cantos de aves y fragancias matinales. Necesita llenar sus pulmones de aire fresco y puro —pero necesita que todo sea armónico, limpio y vivificante. La madurez también debe distenderse a veces de las tensiones de los años y, con alegría, recuperar algo de la elasticidad de los días primeros. Un antiguo proverbio dice: «Solo trabajo y nada de juego vuelve tonto a Juan». Pero ¿qué producirá solo juego —o juego errado? ¡Más vale la *torpeza* que la *maldad*! Aunque algunos, especialmente los frívolos y los amantes de la moda, parecen preferir lo segundo. Si hay que elegir, es preferible tener pocos entretenimientos que recurrir a recreaciones impropias o perjudiciales. Las aguas hurtadas pueden ser dulces, pero la marca del robo impío queda grabada en el alma, y Dios la ve, aunque cerremos los ojos. Las herramientas de filo no son para los niños, y es un necio quien se arriesga a realizar tan peligroso experimento. Ya sea por una inclinación natural al mal, por ignorancia o por falta

de experiencia, el joven promedio probablemente elegiría numerosos placeres y entretenimientos populares que terminarían por perjudicarlo, si no es que destruirlo.

3. Pruebas para los entretenimientos lícitos

¿Qué pruebas decisivas pueden aplicarse para determinar si un entretenimiento es lícito para el cristiano? El principio fundamental es este: *debe estar en conformidad con las pruebas establecidas por la Biblia.*

En lo profundo del corazón de todo ser humano que vive en tierras donde se conoce el cristianismo, subsiste la convicción de que el código moral y religioso de la Biblia es perfecto y supremo. Todos están igualmente obligados por él. Muchos, aunque no estén ligados formalmente a la iglesia, creen que este código no es ni *su* ley ni su guía. *Pero sí que lo es.* Aunque lo descuiden o lo rechacen, Dios sigue siendo su Legislador, y las Sagradas Escrituras permanecen como la ley divina, infalible y universal. Y cuanto más, el creyente confiesa voluntariamente que la Palabra de Dios es su autoridad. Todo lo que no proviene de fe, para él, es pecado. En todo lo que hace, busca un «Así dice el Señor», o al menos una aprobación general del Rey celestial. Por tanto, el cristiano debe someter toda recreación a la prueba de la Biblia.

a. Pureza

El entretenimiento debe ser puro. La modestia, la honestidad y la pureza son virtudes dulces, admiradas por los hombres y requeridas por Dios. «Lujurias y

lascivias»⁵ deben estar lejos del hijo del cielo (Ro. 13:13). Cualquier entretenimiento que contenga en sí mismo elementos, semillas o fuerzas de impureza o deshonestidad es ilícito para cualquiera. Por tanto, la carrera de caballos —con sus apuestas y su entorno moralmente dudoso— es pecaminosa. Asimismo, la mesa de juego, con todas sus variantes y atractivos, ya sean las apuestas pequeñas o grandes, está corrompida y es incluso prohibida por las leyes humanas⁶. Como dijo Tertuliano hace siglos: «El cristiano no es otra cosa que cristiano, esté donde esté». De igual manera, el creyente no debería involucrarse ni promover ningún entretenimiento que no sea honesto, puro y decoroso, tanto como no preferiría carne podrida sobre una buena, o dinero falso sobre el verdadero. Tampoco debería ser espectador voluntario de indecencias, porque Dios es «muy limpio de ojos para ver el mal» (Hab. 1:13). Aquellos que llevan los vasos del Señor deben estar limpios —limpios por la Palabra de Cristo (Is. 52:11; Jn. 15:3). Los cristianos son templos del Espíritu Santo y miembros del cuerpo de Cristo, y no deben ser contaminados. Pero lo que es puro y de buen nombre, eso sí pueden disfrutarlo abundantemente y sin reproche (2 Co. 6:15, 17; Fil. 4:8).

b. Provecho espiritual

El entretenimiento debe ser espiritualmente provechoso. Si nos mejora ante los ojos de Dios, es lícito. Si no tiene tal efecto ni tendencia, debe evitarse como una peste mortal, como un dispositivo satánico para

⁵ **Lujurias y lascivias** – inmoralidad sexual y sensualidad.

⁶ Él se refiere a las leyes de su época, en los 1800s.

arruinar el alma. «¿Cómo?», preguntará alguno, «¿Aplicar este criterio a un paseo en bote, a una merienda, a un juego de croquet?». Sí. ¿Por qué no? ¿Acaso la presencia del espíritu amable y gentil de Cristo en estos pequeños entretenimientos de la vida —no digamos ya los grandes— no sería una bendición invaluable? ¿No aplacarías palabras punzantes, pensamientos envidiosos, acciones crueles? ¿No embellecería el carácter y traería una luz celestial incluso al juego, la risa y el canto?

Está claramente afirmado en la Escritura que nuestros entretenimientos deben beneficiar el alma. Dios menciona incluso los actos y placeres más comunes de esta vida como representativos de todos los actos y placeres: «Ya sea que comáis o que bebáis, o que hagáis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Co. 10:31). Los cristianos están obligados a glorificar a Dios en su cuerpo y en su espíritu, los cuales le pertenecen. Han sido comprados por gran precio —la sangre preciosa de Su Hijo— y no tienen derecho a hacer, ni a disfrutar de nada, por trivial que parezca, que empañe el fulgor de la nueva vida.

¿Acaso no posee el cristiano una noble naturaleza social que debe cultivarse? ¿No tiene amistades, simpatías y gustos loables que merecen desarrollarse con un uso alegre y sano? ¿No deberían todas las actividades ligeras y recreaciones fomentar estos fines y ofrecer sano ejercicio a cada una de esas maravillosas capacidades de su ser? ¿Puede haber tal desarrollo sin esos gozos frescos que respiran inocencia y claridad, y que usan con justicia los dones de Dios y las oportunidades de Su providencia? Por tales medios, el cristiano alcanzará ese «corazón alegre [que] constituye buen remedio» (Pr.

17:22). Un alma así será una bendición. ¡Qué regalo y qué luz es un ingenio alegre y limpio! ¡Cuán brillante vuelve cualquier reunión social! Pero ese humor debe ser amoroso, santificado, veraz, y no esa clase bastarda de diversión que se nutre de su aguijón venenoso —del daño que inflige, o de una exageración caprichosa que raya en lo falso. Tal no es el ingenio cristiano. Su luz no proviene de un corazón santo, y su ejercicio no debe contarse entre los deleites lícitos. Pablo habla de una suciedad y una forma de hablar necia y de bromas vulgares que no conviene a los santos (Ef. 5:4). «No seáis, pues, partícipes con los hijos de desobediencia» (Ef. 5:7-8).

Pero cualquier recreación que eleve, expanda y alegre nuestras facultades naturales, preparándonos mejor para cumplir nuestras tareas con alegría ante Dios y ayudar a nuestros semejantes, puede considerarse como un entretenimiento cristiano lícito. Si proporciona salud, vigor y actividad al cuerpo y la mente, tales entretenimientos aumentan nuestra capacidad para el crecimiento espiritual y contribuyen a una vida piadosa saludable.

Por el contrario, hay entretenimientos —frecuentemente fascinantes y de moda— que nos incapacitan para los deberes serios. Dañan la salud y el carácter. Nos conducen a la tentación de hacer lo malo, de malgastar dinero o tiempo en atuendos lujosos o en ostentaciones sociales. Nos empujan a vivir más allá de nuestros medios. Fomentan malas compañías o gustos corruptos, distraen el corazón, agotan el cuerpo y arruinan toda verdadera comunión espiritual tanto en la adoración privada como pública. Tales entretenimientos son erróneos y, por tanto, ilícitos para el cristiano.

Yo mismo, como muchos pastores, he escuchado la confesión sincera de creyentes que, tras una noche de indulgencia en diversiones comunes, no lograban acercarse a Dios en oración verdadera. Digo «oración verdadera» porque mucho del «musitar oraciones» no es más que un murmullo vacío de fórmulas, y no aquella adoración del alma que Dios acepta.

¿Cómo podría un hijo de Dios, simple y sincero, sentirse feliz o satisfecho si sus ocupaciones no son santas? Él desea que todos sus entretenimientos diarios sean tales que pueda agradecer a Dios por ellos, por haber traído descanso puro a su espíritu cansado, y vigor a su nueva naturaleza. No tendrá objeción alguna a aquellos placeres que hacen reír su alma delante de Dios. Tales recreaciones limpias elevarán su ánimo con gozo santo, mientras percibe la armonía de todas sus facultades naturales, y le darán la libertad placentera del alma que reposa segura, con motivos puros, esperanzas elevadas y fe firme.

c. Influencia saludable

Lógicamente, para que un entretenimiento sea lícito, *debe tener una influencia saludable sobre los demás*. ¡Qué difícil resulta a muchos reconocer su responsabilidad en procurar el bien del prójimo! Tal vez en ningún aspecto esto se hace más evidente que en la búsqueda del placer. Y sin embargo, con frecuencia, hay placeres que, aunque en sí mismos parezcan inocentes para quien los practica, pueden ser malinterpretados o dañinos para otros. Podrían causar escándalo, sembrar dudas sobre la realidad y el valor de la religión, o bien inducir a otros a pecar. Pablo ilustra este principio con su libertad para comer carne ofrecida a los ídolos —

ídolos que para él no eran nada—, pero al ver que algunos hermanos sinceros podrían ser confundidos, inducidos a prácticas idólatras o arrastrados a la perdición, exclamó: «Si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano» (1 Co. 8:13). Pablo ilustra esto nuevamente al negarse a recibir el apoyo que con justicia podía reclamar de las iglesias misioneras en su labor misionera. Hizo esto para evitar malentendidos y perjuicio a la joven iglesia y a la causa del Redentor.

Debemos aplicar el mismo principio al elegir nuestros entretenimientos. Dios nos ha hecho guardianes de nuestros hermanos. Nos ha ordenado amar al prójimo como a nosotros mismos, ser compasivos y corteses, y como herederos de la gracia de la vida, debemos buscar alegrar y edificar al prójimo en todo lo posible (Gn. 4:9–10; Mt. 7:12; 22:39; 1 P. 3:7–8). En amor, hemos de agradar a todos para su bien, recordando cómo Cristo no se agradó a sí mismo, sino que vivió para servir con gozo (Ro. 15:2–3; 1 Co. 10:33; Mt. 20:28). Mientras disfruta de horas risueñas, el hijo de Dios, bajo la ley real de su Señor, debe estar tan dispuesto a dar gozo como lo estuvo Jonatán cuando disparaba flechas junto a David, y tan atento como los santos de Jerusalén en no ofender a nadie por ejercer alguna libertad personal. Todo cristiano debe ser un ejemplo, especialmente para los de afuera, en sus hábitos cotidianos, a fin de que el adversario quede avergonzado, sin tener nada malo que decir de él (Hch. 4:32; Col. 4:5; Tit. 2:7; 1 Ti. 4:12).

¡Cuánto daño se evitaría si se observaran estas reglas escriturales! El mal arruina muchas esperanzas bien fundadas. Qué tristeza hay en esta reciente queja

de una madre cristiana: «Por mucho tiempo me esforcé en mantener las cartas y los bailes fuera de mi casa. Pero mis hijas asistieron a una fiesta en casa de un anciano muy respetado de nuestra iglesia, y allí se introdujeron los bailes de ronda. Desde entonces, me he visto obligada a ceder, porque mis hijas me dicen: “¿Eres tú mejor que el Sr. H.? Él permite esos bailes en su casa”. ¿Qué podía yo responder?».

James W. Alexander escribió palabras profundamente significativas: «Estoy convencido de que una de las puertas por donde entran las influencias que contradicen la instrucción y el ejemplo paternos es la rendición a las costumbres de la buena sociedad. Mediante la vestimenta, las apariencias y los entretenimientos, se forma una atmósfera que no es la del cristianismo. Más que nunca siento que nuestras familias deben mantenerse en una oposición amable pero decidida contra las modas del mundo, resistiéndolas como el faro de Eddystone resiste las olas⁷. Y no he encontrado hasta ahora nada que requiera más valentía e independencia que elevarse un poco —pero con firmeza— por encima del promedio del mundo religioso que nos rodea». Sin duda, entonces, todo entretenimiento que influya negativamente sobre los demás es ilícito para el cristiano. Hacer el bien y no el mal, aumentar la luz y el gozo y no fomentar la oscuridad y el dolor, esa es su misión nacida del cielo.

⁷ **Faro de Eddystone** – faro situado sobre las rocas Eddystone, al sur de Rame Head, en Cornualles, Inglaterra.

d. Proporcionalidad con la obra de la vida

Otra reflexión importante es que toda recreación debe guardar proporción con la obra y el propósito de nuestra vida.

*«La vida es real, la vida es seria,
y la tumba no es su meta».*

Esta vida no lo es todo. Sus horas están llenas de deberes, cuyo cumplimiento correcto tiene repercusiones vastas sobre nosotros y sobre otros, ahora y por la eternidad. El tiempo debe redimirse. Si bien la vida no es un funeral perpetuo, tampoco es una comedia liviana. Es un asunto serio. La responsabilidad del momento y de la obra es inminente y real. Cuando las densas noches de tribulación caen sobre la vida, las velas baratas del placer frívolo se apagan, y la oscuridad se vuelve doble. Los momentos ociosos roban el sol del cielo, mientras que las malas hierbas del mundo sofocan la Palabra. Hay tiempo para reír, sí, pero también lo hay para pensar. Muchos olvidan esto, y su alegría se convierte en una risa fuera de lugar. Los hijos sinceros de Dios se sienten a menudo profundamente entristecidos cuando ven el santuario desierto, mientras muchos —algunos de ellos miembros de las mismas iglesias— acuden en masa a una reunión de entretenimiento superficial y vano. Tal vez incluso el sonido del bullicio alegre llegue hasta la iglesia, donde unos pocos fieles adoran a Dios con esperanza y fe, mientras otros desprecian Su llamado por el tintinear del violín o los abrazos del baile inmodesto.

Todo hombre debe mostrar un respeto decoroso por los servicios del santuario, pero sin duda es algo

más que apropiado —es un deber supremo— que los cristianos profesantes lo abandonen todo por el honor de su Señor. Por tanto, el tiempo destinado a los entretenimientos debe ser escogido con juicio, y son ilícitos aquellos que entran en conflicto directo con el deber hacia Dios o que requieren el tiempo que debería ser dedicado a Su servicio.

Además, el tiempo consagrado a la recreación debe *guardar proporción justa* con las exigencias del culto divino y de las responsabilidades diarias impuestas por Dios. ¿Robará el hombre a Dios? Los obreros en Su viña tienen un trabajo asignado y un juicio final que enfrentarán. El Maestro concede con generosidad momentos de gozo y descanso a los fieles, pero lo hace para conducirlos, mediante la debida relajación, a pastos verdes aquí en la tierra, y a sentarse en lugares celestiales con Cristo. La recreación apropiada no degenerará en necedad, ni los alivios legítimos de la vida diaria deben usurpar las verdaderas responsabilidades del tiempo y la eternidad. Los siervos, en verdad, pueden alegrarse, pero el propósito dominante de su vida no es el comer, ni el beber, ni los entretenimientos seductores del día. Se sientan a la mesa generosa del Maestro, servidos por Aquel que se ciñó y les hizo huéspedes de Su gracia (Lc. 12:37). Pero los que viven en deleites están muertos mientras viven (1 Ti. 5:6). Por tanto, cuando los entretenimientos se buscan con decencia, orden y proporción respecto a la tarea que Dios ha encomendado, son correctos.

Nuestra misión en esta vida es prepararnos para una eternidad sin fin. Dedicar con imprudencia nuestro tiempo, cuidado y bienes a cosas que entorpecen esa preparación solo puede acarrear lamentos amargos. La

confesión final del mundano Lord Chesterfield⁸ lo confirma: «He recorrido la ronda necia de los negocios y del placer, y ya no quiero nada de ello. He gozado todos los placeres del mundo, y por eso conozco su futilidad. No lamento su pérdida. Los valoro por lo que realmente valen: muy poco. Mientras que aquellos que nunca los han experimentado los sobrevaloran. Solo ven su fachada brillante⁹, deslumbrados por el oropel, pero yo he visto detrás del escenario. He visto las poleas toscas y las cuerdas sucias que sostienen y mueven la máquina llamativa. He visto y olido las velas de sebo que iluminan todo el decorado para asombro de un público ignorante. Cuando repaso lo que he visto, oído y hecho, apenas puedo convencerme de que todo ese frenesí frívolo tuvo alguna realidad. Lo miro como uno de esos sueños románticos que el opio suele inducir, y de ningún modo deseo repetir esa dosis nauseabunda por el simple anhelo de un sueño fugaz».¹⁰

4. Conclusión

Espero haber tratado este asunto con la suficiente imparcialidad y profundidad como para conducirte a una conclusión firme. Creo que toda mente cuidadosa y

⁸ **Philip Dormer Stanhope, cuarto conde de Chesterfield**

(1694–1773) – estadista británico, diplomático, hombre de letras y reconocido por su agudeza e ingenio.

⁹ **brillante** – elegante; llamativa, vistosa.

¹⁰ Vass incluyó aquí una sección exhortando a los miembros de la iglesia a someterse a las decisiones de su congregación respecto a la licitud de ciertos entretenimientos. Chapel Library omitió esta sección por reflejar una forma particular de gobierno eclesiástico propia del contexto de Vass.

honesto podrá, a la luz de las reflexiones y argumentos presentados, discernir cuáles entretenimientos son lícitos para el cristiano coherente. Recapitulemos brevemente:

Primero, *¿qué es la vida cristiana?* Es una vida consagrada, animada por nuevos pensamientos y nuevos motivos; una vida receptiva, productiva, abnegada, obediente a la ley de Dios y leal a la iglesia; y es una sola — una unidad indivisible— tanto aquí como en la eternidad. Esta vida plenamente organizada se mueve con autoridad en la familia, la sociedad y la iglesia; pero no es una autoridad despótica, sino ejercida con razón y amor, y fundamentada en principios sólidos e inmutables. La vida humana no es ni un funeral ni una comedia, y todos necesitamos, en medio de labores prácticas y diligentes, restauración natural mediante una relajación saludable y un solaz alentador. Los rasgos esenciales y los principios vitales de esta elevada y celestial vida cristiana deben ser los que determinen cuáles son los entretenimientos lícitos para los hijos del Rey del cielo.

La Palabra infalible de Dios nos da el estándar necesario y suficiente para discernir cuáles son los mejores pasatiempos que pueden alegrar nuestras horas de cansancio sin enfriar ni maldecir nuestro espíritu inmortal. Bajo esta prueba, dichos entretenimientos deben ser físicamente puros y espiritualmente edificantes, saludables en su influencia sobre los demás, y debidamente proporcionados a los deberes de toda nuestra vida...

Cuando son así probadas y aprobadas, estas recreaciones serán tanto lícitas como cristianas. Darán alas gozosas a todos los dones sociales nobles y a las

posibilidades más bellas de nuestra naturaleza. Un feliz proceso de desarrollo embellecerá a cada individuo y bendecirá a todos. Una variedad natural y saludable de deleites castos llenará el corazón y el alma, y equilibrará, elevará y fortalecerá hermosamente nuestras facultades —tan capaces de afectos virtuosos—, manteniendo al ser humano en su totalidad activo y útil, como una ilustración de la armoniosa unión entre la piedad y el placer.

*Señor, en mi alma une ambas por igual:
vivo en gozo, si contigo he de morar.*

Un desafío

El corazón de todo pastor celoso y afectuoso se llena de pesar cuando advierte a su rebaño contra los encantos de los placeres mundanos, y estos rechazan livianamente el tema, como si no tuviera relevancia alguna. Pero él ve con claridad que están en peligro de una gran pérdida espiritual, si no de naufragio total. Por eso, renuevo con urgencia mis ruegos, tomados del santo libro de Dios. ¿No es este asunto de los entretenimientos lícitos una cuestión sumamente práctica, y digna de consideración honesta y cuidadosa? Te desafío, lector, a que lleves este tema a la Biblia y lo pongas a prueba allí. Allí está la única fuente segura para encontrar la solución.

Lleva el asunto entero, con la Biblia en la mano, en la mente y en el corazón, al trono de la gracia. Ora, y vuelve a orar, y ponlo a prueba allí. Busca luz de rodillas. ¿No es eso lo que deberíamos hacer? ¿No estás tú dispuesto a hacerlo? ¿Lo harás ahora?

Te desafío también a dejar que hable la luz de la historia. Que hable el testimonio de hombres y mujeres piadosos y sensatos, con amplia experiencia y

observación. Que hable su propia experiencia y conocimiento. ¿Cuál ha sido el efecto de entregarse libremente a aquellos entretenimientos que no pueden sostener las pruebas propuestas? ¿Cuál ha sido su efecto en la sociedad cristiana y en la sociedad en general?

Si discrepas con mis afirmaciones y conclusiones, te desafío a examinar si puede ser que estés equivocado. ¿No sería injusto, indigno y prejuicioso decir a la ligera: «Yo no pienso así», y luego dar por cerrado el tema? No puedes descartar a Dios de esa manera. Ningún seguidor del manso y humilde Jesús, bajo pacto solemne como miembro de Su iglesia, puede rehusarse a considerar y aplicar estas serias reflexiones sin exponerse a un grave riesgo y pecado. Sé sabio, y no te hagas merecedor del reproche: «Mi pueblo no tiene entendimiento» (Is. 1:3).

Que ninguno de los redimidos de Dios peque añadiendo fuerza a la corriente de mundanalidad. Que todos estén en guardia para que «los deleites de la vida» no ahoguen la Palabra en sus corazones y hagan que su vida resulte, al final, un fracaso. ¡Y qué fracaso sería ese! Triste, profundamente triste sería el destino de aquellos cuyos placeres estériles en esta vida aplastaron sus corazones con el terror de una miseria eterna, cuyos cantos en vida se desvanecieron para ser reemplazados por suspiros eternos en la perdición. ❧